

XXYX

Gabriela Herrera González

Yo nací por partenogénesis. Esto es cuando las hembras no necesitan de un macho para fecundarlas y se embarazan por sí mismas. Según entiendo, pasa que el óvulo, hartado de esperar al espermatozoide que no llegará nunca, comienza a dividirse en pedazos para unirse después y así crear por sí solo una nueva vida. La verdad es que suena bien, ¿no? bastante práctico cuando no hay casi machos en la especie, pero en los mamíferos esto es complicado por no decir imposible: la ciencia tiene conocimiento nada más de bacterias, invertebrados, insectos y ciertos reptiles que pueden reproducirse por sí mismos para garantizar la próxima generación. Me parece que también puede lograrse en algunos anfibios, pero no he investigado mucho al respecto.

Continuando con esto, cabe destacar que las crías que nacen de la partenogénesis son todas hembras porque son, de hecho, clones de la madre. Suena extraño, pero en el mundo natural todo parece ser posible, y las células se reproducen para dar a luz a un individuo que comparte al cien el código genético de su progenitora. Y al ser todas hembras, pueden reproducirse por sí mismas para crear más y más individuos, o mejor dicho individuos. Pero como ya dije antes, esto no se puede hacer en humanos de forma natural, y artificial es la cosa más complicada y cara del mundo. Es entonces donde surjo yo, el milagro... la mutación, más bien.

Así es, soy un clon de mi madre, con la diferencia de que yo no nací hembra: tengo pene, testículos y pecho plano por lo que, según la sociedad y la biología, soy un hombre, un macho. Como mencioné antes, soy una mutación: un óvulo que, encerrado en un laboratorio, fue forzado a dividirse en nuevas células para después fusionarse y crear a un individuo. Y ya hecho esto, fue depositado de vuelta en el útero de la donante, mi madre, quien esperaba dar a luz a una mujer igual a ella.

Les hablaré un poco de mi madre para que se den una idea de porqué se desilusionó de mí y porqué soy considerado una aberración de la ciencia: cuando ella era más joven, era esa clase de chica que se teñía de azul el pelo de los sobacos y marchaba en tetas contra el sistema opresor falonoséqué. Mi tía Lupe me mostró sus fotos, mi mamá encapuchada o con la cara pintada de sangre menstrual mientras blandía un estandarte de la virgen María rayoneado con la leyenda “ella también debió abortar”, y los dos nos morimos de la risa cuando vemos los videos de ella y sus amigas de aquel entonces diciendo ante las cámaras que la

sociedad patriarcal impide a las mujeres decidir el camino correcto y que ellas debían decirles qué hacer.

—Ella odiaba a las embarazadas —me comentó mi tía—. “Pinches preñadas, nada más sirvieron de depósito para la asquerosa semilla de un maldito macho”, se la pasaba diciendo. Me tocó ver cuando le pateó el vientre a una —añadió y nos carcajamos al pensar toda la situación porque nos causaba gracia imaginarnos a mi mamá de joven atacando a otras mujeres por no pensar como ella.

—Cuando naciste y te tuvo en sus manos, te vio tu pilín y que se pone a gritar como loca “¡Tráiganme unas tijeras! ¡Tráiganme unas tijeras!” —me explicaba, y echaba unos gritos histéricos, como cacareos de gallina, que lograban que me sujetara la panza de la risa. Mi tía Lupe es mi mejor amiga, de hecho, les voy a confesar que cuando era chiquito llegué a pensar que ella era mi papá, y digo papá porque mi tía es una trailera de tomo y lomo: chaparrita, gordita, tatuada, con el pelo casi al rape y nunca usa brasier. Una butch, como quien dice. Ella me enseñó la palabra. Tan hombruna que capaz y producía espermatozoides, se acostó con mi mamá y de ahí nací yo, pero luego supe la historia de la partenogénesis y mi teoría se fue al diablo.

Tía Lupe es la única en la que confío porque me trata como si de verdad fuera su hijo, me da cariño, juega conmigo y cuando tiene dinero me compra cosas. También, si mi mamá me quiere regañar por no hacer bien las cosas golpeándome y diciéndome que soy un pinche inútil como todos los hombres, ella me defiende y se ponen a gritonearse, tiempo que aprovecho para huir al departamento de mi tía, que para mi buena suerte está en el piso de abajo. Nada más las escucho desde el pasillo:

— ¡Eso lo decidiste tú, tú te quisiste embarazar nomás porque te lo dijo esa pinche doctora pendeja!
¡Pinche vieja misándrica, pero le haces algo al niño y te parto tu madre!

De hecho ya mi mamá me ha hecho muchas cosas, pero no le digo a mi tía porque no quiero que discutan otra vez por mi culpa. Mi mamá me odia desde el momento en que salí de su matriz, pero yo la quiero porque a fin de cuentas es mi mamá y debo quererla, o eso es lo que escucho siempre a mi alrededor y lo que me escupen en la cara cuando es diez de mayo.

Se me está olvidando mencionar a alguien más que aportó para mi nacimiento: la doctora Elsitita, científica, genetista, vloguera y sabrá Dios cuántas cosas más. Ella fue la que convenció a mi mamá de someterse a su experimento (recién había egresado pero ella sentía que podía obrar milagros) para que, en el futuro, las hembras pudieran reproducirse por sí mismas en clones femeninos y los hombres dejaran de ser necesarios. Los que quedaran vivos, según entendí, serían castrados químicamente para tenerlos como servidumbre y para hacer los trabajos pesados.

Mi mamá y la doctora Elsitita se conocieron en una protesta, y hablaron mientras mi madre seguía con las chichis de fuera y grafitando vulvas mal dibujadas en las iglesias de la ciudad. La doctora Elsitita no andaba marchando en tetas, pero tenía un canal en YouTube y escribía columnas en diversas páginas donde explicaba biológica e históricamente por qué los hombres son enemigos y opresores por naturaleza, que

todo lo malo que les sucedía a las mujeres eran culpa de ellos y si la sociedad deseaba evolucionar, debían ser asesinados apenas salieran del vientre materno. Nadie le decía nada porque tenía como un millón de seguidores en redes sociales o algo así, y fue entonces que se hartó de la fama y se dedicó a la ciencia, contactó a mi madre y pasó lo que pasó. Esa fue otra desgracia que traje conmigo: las fanáticas de la doctora Elsita esperaban ansiosamente mi nacimiento porque sería la revolución, el hecho indudable de que la ciencia podía producir vida, la vida de una criatura superior: la hembra que había nacido de otra hembra, la hembra que nunca fue tocada por la semilla masculina. Así que cuando avisaron que había nacido un varón, acabaron mandando a la doctora al demonio y se fueron a seguir a alguna nueva revolucionaria del Internet. Así que arruiné no sólo la vida de mi mamá sino también la carrera en YouTube de la doctora Elsita. A veces me siento mal por eso.

Pero el hecho de ser hombre no me hace sentirme a gusto cuando trato con algunos: hubo una manada que me quiso usar como estandarte para mostrar cómo la naturaleza es sabia y prueba el poderío del varón, y que las mujeres debían quedarse en segundo plano. La verdad es que eran bastante idiotas y hablaban sin saber, porque en la naturaleza existen criaturas regidas por un sistema matriarcal con una hembra alfa al frente. De hecho, y esto lo supe después, de la partenogénesis también pueden surgir machos, pero claro que eso no se los pude explicar, porque se pusieron pesados y mi tía Lupe les levantó el dedo medio antes de huir y acabamos denunciando, aunque la policía no nos hizo gran caso. Los tipos terminaron aborreciéndome por juntarme con una “machorra”.

— ¡Maricón tenías que salir! ¡Sólo el hombre hace al hombre! —me gritaron, y amenazaron con violarme entre todos para así tener dentro de mí, finalmente, el semen que no fue usado para mi nacimiento. En realidad, a veces pienso que sería un castigo merecido, porque yo violé a mi madre cuando nació: ella era virgen y tuvieron que romperle el himen para que yo saliera, porque según la doctora Elsita practicarle una cesárea la haría ver como una mujer frágil y débil. Mi tía Lupe me cuenta que, cuando me tuvieron en la incubadora, hubo una marcha de activistas contra la violencia de género exigiendo que me detuvieran y me encerraran en la cárcel porque, si recién nacido era ya una bestia misógina, no podían esperar a que creciera y siguiera haciendo daño. Sin embargo, se terminaron encontrando con la marcha de cristianos que pedían mi cabeza por haberme atrevido a nacer de una virgen y que gritaban que eso solamente podía hacerlo Jesucristo, y terminaron a los golpes porque los activistas se pusieron a exigir aborto libre para todas las personas aunque no tuvieran útero, y los cristianos a defender la vida de fetos que no existían ni en el pensamiento.

Y es por eso que no puedo salir a la calle, porque si no me matan ellos lo hará alguna de las seguidoras que aún tiene la doctora Elsita, así que mejor me quedo encerrado en el departamento escondiéndome de mi madre, o vagabundeo por el pasillo hasta llegar al de mi tía, donde la espero con la puerta cerrada con candado, comiendo Zucaritas secas en el piso de la cocina y hojeando viejas enciclopedias llenas de polilla.

Ya me desvié y no seguí hablando de la partenogénesis: como dije antes, también pueden nacer machos y esto la doctora Elsita no lo sabía, y eso que es una mujer de ciencia. En el caso donde debí nacer como hembra se llama telitoquia, y se da sólo en insectos, artrópodos y algunas clases de lagartijas. Esto me lo dijo

mi tía Lupe una vez que me vio muy desanimado, hasta me trajo la hoja impresa con la información, y sentí mucha paz al saber que no soy una aberración como todo el mundo me llama. Pero también me sentí triste al ser un humano y no un bicho partenogénico como una abeja o una pulga, para no sentirme tan solo en el mundo: mi mamá me odia, la doctora Elsitita y sus ex seguidoras de YouTube también, ateos y cristianos, los machos, las hembras... el mundo en general. La única que me quiere es mi tía Lupe, y el día en que ella se muera, probablemente yo también porque mi mamá finalmente me cortará el pilín mientras duermo y ahí me dejará desangrándome, y la doctora Elsitita recuperará sus seguidoras en YouTube porque afirmará que mi asesinato era necesario por ser un experimento fallido y también para impedirme que, en el futuro, me convirtiera en un opresor, una basura misógina, un macho.

— ¿Ustedes no habrían matado a Hitler si hubiesen tenido la oportunidad? —les dirá, y todos le aplaudirán mientras quemán mi pilín en una hoguera y, por primera y única vez en la vida, religiosos y ateos, santos y pecadores, machos y hembras enemigos se abrazarán para festejar mi muerte. Pienso en esto mientras mastico las Zucaritas y afuera escucho las voces indefinidas de seres humanos que cacarean como gallinas pidiendo unas tijeras.

Me gustaría no haber nacido.